

Tema 3. La Restauración canovista. La quiebra del parlamentarismo, la Dictadura de Primo de Rivera y su crisis (1874-1931)

España y la I Guerra Mundial

España fue oficialmente neutral pero socialmente beligerante, y su neutralidad no fue como la de otros países europeos.

El 7 de agosto de 1914 *La Gaceta* publicaba un Real Decreto por el que el gobierno presidido por el liberal Eduardo Dato “*se creía en el deber de ordenar la más estricta neutralidad a los súbditos españoles con arreglo a las leyes vigentes, y a los principios del Derecho Público Internacional*”.

A la altura del año 1914 España se sentía ajena a muchas de las cuestiones que se debatían en Europa y que en esos momentos eran motivo de conflicto entre algunas de sus potencias: los nacionalismos balcánicos, los enfrentamientos coloniales, así como la competencia económica y comercial de los estados más industrializados con aspiraciones a ampliar sus mercados internacionales.

La decisión del gobierno español ante el estallido de la Gran Guerra vino determinada por la política exterior española en la etapa de la Restauración, caracterizada por lo que se ha calificado como de “apaciguamiento”, y por la debilidad económica y militar de España. El origen de esta política se encuadra en las consecuencias que sufrió España tras la crisis del 98 y la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas; una política de aislamiento internacional que se recondujo a través de la presencia española en Marruecos en donde tuvo que negociar con Francia y el Reino Unido, las dos potencias coloniales con importantes intereses en la zona del Mediterráneo.

La decisión gubernamental no era tanto una medida libremente elegida, sino el convencimiento de que no había otra salida como manifestaron algunos políticos como Francesc Cambó o intelectuales como Manuel Azaña quien en un discurso en el Ateneo manifestó que la neutralidad española no era libre sino *“forzosa, impuesta por nuestra propia indefensión”*.

Más compleja fue la posición del rey Alfonso XIII, dividido entre una madre austríaca y una esposa inglesa. Al comienzo del conflicto creó la Oficina Pro Cautivos en la que invirtió casi un millón de pesetas y en la que se gestionó más de un millón de ayudas y noticias sobre desaparecidos y prisioneros. Su iniciativa le valió al rey un prestigio internacional que no tenía al comenzar el conflicto.

Las opiniones sobre la actitud de España ante la guerra fueron muy diversas en el ejército, las fuerzas políticas y sindicales, la iglesia católica, la prensa, y los intelectuales. En el seno del ejército se produjo un vivo debate entre la neutralidad o el intervencionismo, inclinándose la balanza hacia la segunda opción entre los militares más jóvenes fascinados por el ejército prusiano. Pero la neutralidad se impuso entre los mandos militares conscientes de las limitaciones y deficiencias del ejército, y también por el propio desarrollo del conflicto. Entre las fuerzas políticas hubo disparidad de planteamientos, y es donde el debate fue más enconado. El 30 de octubre de 1914 el Congreso de los Diputados aprobaba la declaración de neutralidad, si bien algunas formaciones políticas manifestaron sus preferencias hacia alguno de los bandos enfrentados, cuestionando la posición adoptada por el gobierno.

La reacción de la clase política a la decisión gubernamental podemos decir que fue en líneas generales de apoyo a la declaración de la neutralidad, conscientes muchos de ellos de las debilidades y carencias españolas en materia económica y militar. Es el caso del político catalán Francesc Cambó quien manifestó al diario *La Veu de Catalunya* que España era neutral porque no podía ser otra cosa. Los carlistas se declararon germanófilos, mientras que los radicales republicanos aliadófilos. Estos últimos con declaraciones incluso polémicas de

su líder, Alejandro Lerroux, quien en manifestaciones al diario *El Radical* calificó la neutralidad como “*una inhibición cobarde*”.

En esa línea también se manifestó *El Diario Universal*, bajo control del Partido Liberal y el conde de Romanones, en un artículo titulado “Neutralidades que matan” publicado el 19 de agosto de 1914. El texto criticaba la política del gobierno ante el conflicto y abogaba por un acercamiento de España al bando aliado por razones económicas y geográficas, y por valentía política pues “*la neutralidad es únicamente un convencionalismo que sólo puede convencer a aquellos que se contentan con palabras y no con realidades*”. El artículo causó un notable impacto en la clase política por estar detrás de su autoría un hombre de confianza del monarca, y también entre la opinión pública mayoritariamente proclive a que España no participara en la guerra. Menos crítico se manifestó el líder del Partido Reformista, Melquíades Álvarez, quien era partidario de una “*neutralidad benévola*” hacia los aliados, posición seguida entre los socialistas. Por su parte, catalanistas y republicanos eran defensores de los aliados, mientras que desde las filas anarquistas apoyaban la neutralidad bajo la consigna, “*la revolución antes que la guerra*”.

Por su parte la jerarquía eclesiástica de la Iglesia católica fue más germanófila, a pesar del luteranismo alemán, mientras que los intelectuales fueron los principales defensores de la causa aliada, admiradores de los principios e ideales de la Francia republicana y de la democrática Gran Bretaña, si bien algunos como Jacinto Benavente o Pío Baroja dejaron claro su apoyo a las potencias centrales. La opinión pública también estuvo dividida entre germanófilos y aliadófilos durante los años de la guerra, si bien la neutralidad fue la nota dominante. La prensa reflejó esa división existente siendo *El Correo español*, *ABC*, *La Tribuna*, *El Debate* o *El Universo* germanófilos, mientras que *El Liberal*, *El País*, *El Diario Universal*, *España Nueva* o *La Correspondencia de España*, aliadófilos. *La Época* y *El Imparcial* permanecieron neutrales.

Lo cierto es que España no participó militarmente en el conflicto armado, pero su territorio fue elegido por las potencias beligerantes para desarrollar una guerra de propaganda, espionaje

y sabotaje como ha investigado Eduardo González Calleja. Con la entrada en el año 1915 de Italia y Portugal en la guerra, España fue el único país del Mediterráneo occidental oficialmente neutral. Sin embargo, sus costas fueron testigo de una guerra naval, comercial y de propaganda. En España, además, se creó una red de espionaje y contraespionaje que convirtió su territorio en un nuevo y distinto frente de combate, lo que en opinión del historiador Fernando García Sanz hizo que en la práctica España no fuera realmente neutral porque no la dejaron y tampoco quiso serlo.